

**EL CUERPO MUERE Y EL VERSO VUELA:
LA POESÍA METAFÍSICA
DE PEDRO SALINAS Y LUIS PALÉS MATOS¹**

Luce y Mercedes LÓPEZ-BARALT

(Madrid: Mandala Ediciones, 2018, 191 págs.)

1. DE PUENTES Y CONFLUENCIAS

Esta investigación a dos manos en absoluto cierra la carrera de sus dos brillantes autoras, pero sí supone un interesante punto de confluencia. Debía ser en Madrid, donde ambas intentaron doctorarse reencontrándose con sus raíces españolas, ese abuelo médico sobre el que, por cierto, han escrito. Debía ser en Madrid, aunque en su momento no lo consiguieran y tuvieran que cerrar brillantemente esta primera etapa de sus estudios en Harvard y Cornell, respectivamente. Luce lo recordó el pasado mes de enero en el paraninfo de la Complutense donde consiguió sacarse la espinita al recibir el doctorado *honoris causa* por esta misma universidad.

No pretendo hacer un análisis textual, más propio del profesor Huerta. Tampoco justificar en su totalidad el libro que presentamos (algo que corresponderá a la autora, en representación de ambas). Quisiera solo hacer algunos comentarios al hilo de mi lectura, que he disfrutado en profundidad. Algunas reflexiones al sesgo, y luego tal vez, si el tiempo lo permite, centrarme más en el texto.

A priori y siendo ambas hispanistas, la trayectoria de las hermanas López-Baralt parecería divergir. Los trabajos de Mercedes se centraron en la antropología: yo me dedico a la literatura hispanoamericana en la universidad de Sevilla y sus estudios sobre el cronista Guaman Poma de Ayala fueron referencia obligada, así como los del Inca Garcilaso y

¹Se recogen aquí las tres intervenciones de que constó el acto de presentación de este libro de Luce y Mercedes López-Baralt, el día 13 de junio de 2019, en la Residencia de Estudiantes de Madrid.

otros muchos... hasta culminar en Macondo y su libro *Para decir al otro*, publicado en Iberoamericana Vervuert hace unos años. Como ya adelanté y es bien conocido, Luce ha dedicado su labor investigadora a profundizar en la mística, tanto castellana como sufi, pero sin desdeñar otras como la experiencia “mística” de un Borges, al que conoció y con cuya viuda, María Kodama, le une una gran amistad. Todo ello en una carrera muy sostenida, amparada en su conocimiento de las lenguas orientales, en múltiples congresos, conferencias, estancias de investigación... No obstante, y en los últimos años, ambas recalarán en la poesía del siglo xx, sea Palés Matos (Mercedes), o José Hierro (Luce), entre otros. Así, su trayectoria profesional compatible con una intensa amistad, permitió la confluencia en el libro que presentamos.

Un libro producto de varios cruces: España y la isla, una isla de colonización española hasta el 98 y siempre acogedora con sus hombres y mujeres, especialmente en la primera mitad del siglo xx. Por supuesto, se recuerda la mano tendida del rector Benítez a un Juan Ramón Jiménez y todos aquellos (republicanos o no) a los que la guerra convirtió en itinerantes (Guillén, Salinas...). Pero no conviene olvidar que mucho antes, desde la Junta de Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos, hubo un intercambio enriquecedor de puertorriqueños que estudiaron en España: Antonio S. Pedreira, José Balseiro, Margot Arce de Vázquez, María Teresa Babín... y españoles como Federico de Onís, auténtico puente hacia el nuevo mundo norteamericano e hispanoamericano que, culminada su carrera en Columbia, dedicó sus fecundos últimos años a poner en marcha el Departamento de Estudios Hispánicos en la isla de Puerto Rico.

Un libro producto de varios cruces —decía—. Generación del 27: amor y metafísica en la espléndida poesía de *La voz a ti debida*, en el caso de Pedro Salinas. Vanguardia y negritud en el *Tuntún de pasa y grifería que opaca otros versos del autor*, en el de Palés Matos. Recuperar su última poesía en torno a Fili-Melé, no tan estudiada; y tender puentes y arriesgarse a estudiar claves trascendentes especialmente en el isleño parece una osadía en tiempos posmodernos, siempre temerosos de la acusación de esencialismo. Tal vez lo sea, pero tiene una justificación: estamos ante dos clásicos inagotables, algo que pensé y pude confirmar después en las citas del paratexto que lo refrendaban. Clásicos como Borges no pueden, no quieren en definitiva obviar la metafísica, aunque el argentino juegue con nosotros al presentarla como una rama de la literatura fantástica (eso

lo único que prueba es la categoría de una literatura a la que dedicará su vida, como sabemos bien...).

El pórtico “estamos ante dos clásicos inagotables” (p. 9), deja muy claro el punto de confluencia entre poetas aparentemente disímiles. Y permite suponer la génesis de este libro que surge de una chispa fecunda: “ambos poetas sintieron la lírica de amor, con todas sus consecuencias metapoéticas y metafísicas, de manera análoga” (p. 12) —dicen las autoras—.

Porque la poética que comparten surge precisamente de la necesidad imperiosa que sienten de trascender la pasión vivida y salvarla del tiempo imperecedero. Esto lleva a Salinas y a Palés a servirse de la materia prima de su amor como cimiento de la poética metafísica y de sus reflexiones literarias (p. 9).

Del efecto polinizador que Salinas ejerció sobre Palés (p. 10) hablará la autora presenta, Luce López-Baralt, en representación de ambas hermanas. Yo quiero centrarme en un aspecto ligado a la reescritura. Porque, también en el pórtico se acusa recibo de los dos ensayos, a partir de los cuales surge el libro de hoy: uno de Luce sobre Salinas (1994) y otro de Mercedes sobre Palés (2009). Quince años los separan, si bien el de Mercedes es la culminación de una trayectoria que persigue a Palés desde 1995 (y me refiero a fechas de publicación: una monografía publicada en la Biblioteca de Autores de Puerto Rico, de Plaza Mayor (San Juan de Puerto Rico, 1997), la edición de sus obras en la editorial de la universidad de Puerto Rico (1995) y, por fin, un librito titulado *Orfeo mulato: Palés ante el umbral delo sagrado*, también de la Editorial universitaria de Puerto Rico (2009).

Los dos poetas se conocieron, charlaron sobre literatura casi con seguridad en ese paréntesis de tres años de luz y alegría que el español pasó en la isla antes y después de su exilio estadounidense. Salinas no pudo leer la última poesía “metafísica” de Palés, pero tuvo que ver en su gestación. José Emilio González, Margot Arce de Vázquez y Lena Burgos-Lafuente ya intuyen esta relación y las autoras, buenas investigadoras al fin (somos enanos a hombros de gigantes), señalan concienzudamente estos débitos. Aun así, ninguno de los estudiosos anteriores se había atrevido a explorar a fondo el diálogo literario que intuyen entre ambos poetas. Y aquí se ancla el trabajo de las López-Baralt, cuya sensibilidad literaria las lleva a encontrar una mina que merece la pena socavar.

Sospecho que debo hacer una precisión respecto a lo que creo modestia por un lado y prurito de honestidad por otro, del lado de las dos investigadoras: este libro es un producto original y no porque casi tímidamente se asegure que “para hacer posible el libro cada una de las autoras se vio precisada a estudiar a fondo, y por igual, a los dos poetas que lo protagonizan” (p.10). *Of course*, eso fue así. Pero de cualquier modo, al reescribir un genotexto enfrentándolo a otro distinto (y pienso sobre todo en los trabajos previos de Merce), se produce una nueva lectura que ilumina aspectos no profundizados con anterioridad. *El barco en la botella* y *Orfeo mulato* contienen las semillas que avalan el libro que hoy se presenta, desde luego, pero esos estudios (cap. IX del primero: “Filí-Melé abre la muralla: Ovidio y la coherencia de la poesía de Palés” y, con distintos matices, todo el libro de *Orfeo mulato* acercan a la poesía occidental desde sus orígenes a un Palés Matos que es mucho más que mero *Túntún de pasa y grifería*...

Estudio denso, con multitud de referencias intertextuales clásicas (grecolatinas, literatura española, literatura mundial, norteamericana, contemporánea) que reflejan la densidad de lecturas de las hermanas López-Baralt, intelectuales de pro, con una carrera impresionante a sus espaldas. Multitud de notas a pie de página que agilizan un libro, de otro modo imposible de digerir por su riqueza.

Análisis extraordinariamente pormenorizado de los textos con los que se dialoga una y otra vez, desde todos los frentes posibles hasta agotar aparentemente su significado: métrica, figuras retóricas, contextos de todo tipo...

Lo autobiográfico y personal como fondo, pero sublimado y convertido en literatura porque el cuerpo muere y el verso vuela... vuela y permanece para la eternidad... Como los trabajos de las hermanas López-Baralt.

María Caballero Wangemert
Universidad de Sevilla

2. SALINAS Y PALÉS: UN DIÁLOGO SOBRE LA POESÍA Y EL AMOR

Reiteradamente dual este libro de título tan sugerente: dos sus

autoras, las hermanas López-Baralt (Luce y Mercedes); dos los poetas objeto de estudio: Pedro Salinas y Luis Palés Matos; dos las destinatarias de los versos amorosos de ambos: la amada innominada del español y la enigmática Filí-Melé del puertorriqueño; dos los temas que proclama su hermoso encabezado: lo efímero del cuerpo y lo eterno del espíritu; dos, en fin, los continentes que aquí dialogan por obra y gracia de la palabra poética.

Empezaré por esta última dualidad. Me encocora (lo saben algunos de mis colegas) la artificiosa escisión que nuestro sistema universitario ha hecho del tronco común de la literatura en nuestra lengua: por un lado, la literatura española; por el otro, la literatura hispanoamericana. La primera, nacional. La segunda, por fortuna, supranacional. Artificioso y doblemente falaz este cisma que, si tal vez pudiera justificarse en los ámbitos mucho más estancos de la narrativa y el teatro contemporáneos, es totalmente injustificable en el caso de la poesía. Ni uno solo de los grandes poetas españoles —y aun de los medianos— puede entenderse sin la mediación de los americanos, que son —a algunos de nuestros compatriotas les cuesta reconocerlo— quienes han venido marcando el paso en el camino a la modernidad. Así, primero Rubén, a los Machado y Juan Ramón; después Huidobro, abriéndoles el portón de las vanguardias a Diego y Larrea; más tarde, Vallejo y Neruda, tan decisivos en Hernández, Rosales y la rehumanización general del 36..., y hasta Octavio Paz, de tanto ascendiente sobre los novísimos... Ello no quiere decir, desde luego, que no haya flujos en la dirección contraria, propiciados sobre todo por el exilio, como nos enseña esta conversación —real e imaginaria— entre Salinas y Palés Matos que con tanto rigor como sensibilidad nos transcriben Luce y Mercedes López Baralt.

La primera vez que me topé con el nombre de Palés Matos —muy desconocido entre nosotros, la verdad— fue leyendo el *Canto personal*, la polémica *Carta perdida a Pablo Neruda*, de Leopoldo Panero. Tiene, sin duda, este excesivo poema muchas tachas que afearle pero también no pocas virtudes, entre ellas la pasión que muestra por los poetas de la América latina; empezando por Neruda, amado como poeta y odiado como político, y siguiendo por Vallejo y otros de menor relieve. Dos tercetos de la epístola nos hablan de dos poetas caribeños, vinculados a la figura de García Lorca:

*Y Nicolás Guillén (poeta estimable)
traduce en su lenguaje a Federico.
¡Y cómo lo traduce!: es admirable.*

*Lo traduce a su son (y me lo explico);
y lo traduce bien (las cosas claras);
tan bien como Palés en Puerto Rico.*

Tanto Guillén como Palés —aunque con un solo poema este último, “El pozo”— aparecen incluidos en el segundo tomo de la tan injustísimamente olvidada *Antología de la poesía hispanoamericana* de Panero, publicada por la Editora Nacional en plenos años de hierro —1944-1945—. Lo cual no fue óbice para que el poeta astorgano acogiera a los que, por proceder de la trinchera contraria, el franquismo consideraba proscritos, así Vallejo y Neruda, de quien, entre otros poemas, incluye la “Oda a Federico García Lorca”. Y, en fin, por lo que se refiere a la presencia y el intercambio entre poetas de ambas orillas, vinieron después años nada malos gracias a la labor del Instituto de Cultura Hispánica y la reiterada presencia en España de Eduardo Carranza, Coronel Urtecho, Eduardo Cote, Gastón Baquero y otros.

Pedro Salinas había entrado mucho antes en mis lecturas. Recuerdo emocionado el día, la clase, en que, comentando la Égloga III de Garcilaso de la Vega, y las huellas garcilasianas en el creador de *La voz a ti debida*, mi maestro don Francisco López Estrada nos regaló a sus estudiantes con una sorpresa que hoy, en plena era digital, puede parecer una nonada, pero entonces nos pareció un regalo maravilloso. Se trataba de una grabación con la voz de Salinas recitando su último gran poema, *El contemplado*. Duraba mucho pero nos supo a poco. Desde entonces algunos soñamos con Puerto Rico y el Caribe.

Mas vuelvo al libro para elogiar, en primer lugar, el método con que han procedido sus autoras; método que, sin olvidar aportaciones de la crítica más reciente, nos trae ecos de los viejos y ya maestros de la estilística: Spitzer, Dámaso, Lapesa, Arce... Quién nos hubiera dicho, cuando nos iniciábamos en esta fascinante tarea de comentar textos, que algún día sentiríamos nostalgia de estos venerables instrumentos y técnicas de la filología que trataban de revelar la verdad / belleza del texto sin interferencia alguna de elementos espurios de interpretación; esos de

que tanto se valen hoy los seguidores de ciertas corrientes críticas, poco preocupadas por la estética y mucho, en cambio, por la barata y espero que pasajera ideología de géneros, identidades y correcciones políticas. Del modo de proceder de nuestras autoras sobre el particular —tan distante, insisto, de estas lecturas posmodernas— hay un elocuente ejemplo en la página 93, justo cuando tratan de la misteriosa Filí-Melé de Palés Matos: “Es mucho —afirman— lo que podríamos escribir en torno a esta puertorriqueña excepcional, pero cumple que respetemos su voluntad de silencio. Dicho esto, vayamos al grano, es decir, a la poesía”. O sea, vayamos al grano, y dejemos la paja en que tanto gustan mullirse otros. La naturalidad del refranero castellano como vacuna contra la pedantería y otras enfermedades posverdaderas.

En el mismo sentido, es admirable la manera como las autoras nos describen el mundo ideal al que llegaron los dos poetas: la “carne transcorpórea” que cantara Salinas, o la “catedral de ceniza” como metáfora suprema con que Palés resume el objeto amado. De otra forma dicho, el ámbito de lo sagrado, por el que la líquida crítica de nuestros días siente una aversión irreprimible. Puesto que las hermanas López Baralt lo nombran en más de una ocasión a propósito de sus relaciones con Salinas y Palés, se me permitirá alegue el ejemplo de Federico García Lorca, una víctima más de la voracidad posmoderna —*queer studies* incluidos—, que al analizar su obra ignoran la pulsión sagrada de su mejor poesía y de su mejor teatro, trivializando hasta lo grotesco su hondo universo imaginario. Se trata de una banalización que alcanza también algunas últimas puestas en escena de sus obras.

Esta mutilación de lo sagrado, lo religioso o lo abiertamente cristiano —se sea ateo, agnóstico o creyente— es una característica más de las modas apuntadas, que, nacidas —como casi todo— en las universidades norteamericanas, se han extendido por todo el mundo, y han convertido en actividad de alto riesgo explicarles a las jóvenes generaciones Quevedo, Nabokov o el mismísimo Neruda, por homófobos, pederastas y machistas. Así es que, como la academia no reaccione, el canon literario del futuro va a estar formado por una serie de ilustres mediocridades, eso sí llenas de angelicales intenciones. Por suerte se detectan ya algunos signos de reacción. El poeta Antonio Colinas, por ejemplo, acaba de publicar un libro sobre María Zambrano, que viene a ser una respuesta a la incompleta y sesgada lectura —por exageradamente laicista— que se ha venido

haciendo en España de su pensamiento. Parecido propósito alienta en las más de mil páginas que don Antonio García Berrio acaba de publicar sobre la Segunda Parte del *Quijote* con el título también revelador de *Virtus*.

Sin complejos, sin prejuicios, acceden Mercedes y Luce López-Baralt a este espacio de lo sagrado, que, además, por lo que se refiere a Salinas y Palés, nada tiene de confesional o devoto, sino de radicalmente espiritual o —como ellas dicen— de metafísico (Javier Gomá denunciaba hace poco la desaparición de la metafísica en la filosofía posmoderna). Conociendo la trayectoria investigadora de Luce —lamento conocer menos la de Mercedes—, no puede extrañar la brújula de la que se valen para orientarse en tan alta poesía. Más que magistral me parece su acercamiento a lo intangible, vinculado a otra cuestión central del ensayo: el neoplatonismo que subyace a la visión de ambos poetas. Y perdónese una personalización más, pues bajo ese prisma neoplatónico he intentado explicar —de nuevo Federico— el misterioso y misterico homoerotismo de un drama tan complejo como *El público*. Y una de las enseñanzas que me procura este libro es confirmar que no estaba solo Lorca en su concepto neoplatónico del amor; concepto que sirve para explicar no solo su Teatro bajo la arena sino también sus *Sonetos del amor oscuro*.

Podría seguir comentando tantos y tantos aspectos del libro que sería el cuento de nunca acabar. Así, por caso, encomiarlo como lo que es: un primoroso ejercicio que llamaría de literatura comparada, si ello no contradijera mi idea de que no puede separarse lo que la lengua española ha unido desde sus orígenes, esto es, la literatura del lado de acá y del lado de allá. Salinas y Palés Matos han adquirido ya la condición de clásicos indispensables, y a su vindicación se dirigen las dos citas que abren el libro. Una de Italo Calvino —“un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir”— y otra del propio Salinas, más larga pero absolutamente imprescindible para comprender la perspectiva desde la cual Luce y Mercedes han escrito su libro: “Los clásicos son una escuela total. [...] Y cuando nos toque a nosotros [...] la necesidad de hacer partícipes a nuestros prójimos de una idea o de un sentimiento nuestros, esos clásicos que leímos estarán detrás, a nuestra espalda, invisibles pero fieles [...] ayudándonos a encontrar la justa expresión de nuestra intimidad”. Y, al colocar esta cita en el umbral de su ensayo, nuestras dos autoras se nos están retratando, claro, pues no otra cosa han hecho, a lo largo de sus páginas, que transmitirnos con justeza y elegancia su intimidad de metódicas

filólogas, de lectoras sensibles a partir de estos dos grandes clásicos de la lírica moderna, Salinas y Palés, que compartieron un mismo espacio físico, pero que habitaron sobre todo el espacio ilimitado e imprecadero de la poesía, que todo, todo —hasta la crítica más roma— lo supera y lo trasciende.

Javier Huerta Calvo
ITEM (Universidad Complutense de Madrid)

3. DE CÓMO EL HOMICIDIO POÉTICO SALVA A LA AMADA DE LA MUERTE

A muchos les extrañará la asociación de poetas tan aparentemente disímiles como Pedro Salinas y Luis Palés Matos: la estilizada elegancia del *aristocrat of feeling*, como llamó Robert Havard a Salinas, contrasta con los deslumbrantes ritmos del sensual poeta antillano, que Lorca declamaba con entusiasmo en La Habana y Madrid, según el testimonio directo del poeta y periodista puertorriqueño Emilio Delgado. El presente estudio explora, sin embargo, un vínculo hasta ahora desconocido entre ambos líricos, que compartieron el espacio puertorriqueño a mediados del siglo pasado. Tanto Salinas como Palés esgrimen un gesto único en la lírica moderna de amor: se convierten en “homicidas” de la amada cuando le arrancan su bulto corpóreo para incorporarla, ya invisible, a la página en blanco, henchida de eternidades. No habíamos tenido noticia de cuán hondamente la poesía de Salinas llegó a impactar la lírica de los poetas de América, pero el presente estudio aspira a dar cuenta de cómo el vate madrileño polinizó la poética metafísica de Luis Palés Matos, una de las figuras cumbres de las letras hispanoamericanas.

En diálogo con la antigua tradición poética del amor imposible de corte neoplatónico, ambos escritores urden una originalísima teoría lírica amorosa que resulta única en las letras hispánicas. Pero, como era de esperar, tanto Salinas como Palés son en el fondo poetas indóciles que reaccionan creativamente ante la tradición literaria con la que hacen escuela.

Ambos líricos sustentan sus versos en una pasión amorosa tardía que los dos vivieron con vehemencia en la vida real. La poética que comparten surge precisamente de la necesidad imperiosa que sienten

de trascender la pasión vivida y salvarla del tiempo percedero. De ahí que tanto Salinas como Palés oscilen agónicamente entre lo corpóreo y lo invisible: entre el instante preñado de dicha que les fue dado vivir y la palabra que lo salvará del tiempo. Llevan con tal incomodidad la caducidad obligada de sus respectivas vivencias amorosas, que recurren al gesto inesperado del “asesinato” literario de sus respectivas amadas. Solo así, descorporeizándolas, lograrán eternizarlas en el cristal impoluto de la página en blanco.

La crítica ha pasado por alto el efecto polinizador que Salinas ejerce sobre Palés en lo que se refiere a su teoría del amor. Los poemarios del madrileño ya eran célebres cuando el escritor se exilia en Puerto Rico, justamente en el momento en que Palés se encontraba en el apogeo de su producción lírica. A interrogar las modalidades de esa riquísima polinización poética ha ido dirigido nuestro estudio.

Este libro es el fruto de las reflexiones de dos hermanas que, habiendo seguido distintos caminos, dieron con un punto de encuentro. Esos caminos fueron dos ensayos pioneros: uno de Luce López-Baralt, “Melibee soy: *La voz a ti debida* de Pedro Salinas como reflexión ontológica” (1994) y otro de Mercedes: *Orfeo mulato: Palés ante el umbral de lo sagrado* (2009). Como augura Juan Ramón Jiménez, “los caminos de la tarde se hacen uno, con la noche”, y ese sendero letrado en común terminó por confluir en el presente *pas de deux*: el diálogo intertextual, aun no estudiado, entre Salinas y Palés, del que damos noticia en la presente “puerta al tiempo en *dos voces*”. Exploramos cómo la trilogía amorosa de Salinas en los años treinta —*La voz a ti debida* (1933), *Razón de amor* (1936) y *Largo lamento* (1936-39)— reverbera en el ciclo de Filí-Melé, es decir, en los poemas metafísicos sobre el amor y la muerte de la última etapa palesiana, que va de 1949 a 1959.

Advertimos que las presentes páginas no constituyen un estudio tradicional de “fuentes”: lo que Salinas denominaba con ironía como “crítica hidráulica”. Con todo, la influencia literaria de un autor sobre otro constituye un hecho innegable, y afirmarla no nos parece que constituya un descrédito, sino una cuestión de sentido común. Sin embargo, hoy preferimos, con Julia Kristeva y Juan Goytisolo, hablar de “diálogo intertextual” o de “polinización entre textos”. Porque no solo se trata de *influencias* literarias por parte de un poeta sobre otro, sino de *confluencias* que Palés comparte al final de su vida con el extraordinario poeta de amor

que fue Pedro Salinas, a quien debió haber leído de cerca cuando ambos coincidieron en San Juan de Puerto Rico.

La tesitura especial de la poética amorosa de Pedro Salinas y Luis Palés Matos exhibe coincidencias notables. Ambos cantan a musas inalcanzables pese a que, irónicamente, tanto el español como el caribeño consumaron su pasión física con ellas. Sin embargo, como grandes líricos del amor que fueron, Salinas y Palés hicieron suya la antigua lección de Lucrecio: “la carne es separadora”. Eso ayuda a explicar que la inmensa dicha de haber experimentado la plenitud de la pasión erótica no les fuera suficiente. Quieren poseer perpetuamente a sus musas, bucear por su “fondo preciosísimo” (palabras de Salinas), por su “sinfin sin fondo” (palabras de Palés), y fundirse ontológicamente con ellas. Este anhelo no se puede cumplir en el cuerpo, y convierte por fuerza a Salinas y a Palés en poetas de lo intangible. Es decir, en poetas neoplatónicos originalmente modernos.

Ya sabemos que “hablar de una tradición es ineludiblemente hablar de la traición de la misma” (palabras de Noel Luna), y que “tal vez esa traición constituya su mayor lealtad” (palabras de Maurice Blanchot). Podríamos decir que, como poetas del amor imposible, Salinas y Palés nos devuelven renovados, a siglos de distancia, a los grandes poetas neoplatónicos. Porque la rebeldía artística que motiva toda reescritura es siempre un homenaje a sus fuentes. Lo dicho valida la aguda sentencia de Carlos Bousoño: “la capacidad que un poeta tenga para influir en la posteridad suele estar en proporción directa con la cantidad de tradición que su obra, desde su novedad, salva”. Proponemos que entre los autores egregios “salvados” por Luis Palés Matos no solo se encuentran Rubén Darío, Edgar Allan Poe y Baudelaire, sino Pedro Salinas.

Los alter-egos de Salinas y de Palés Matos dan en “perseguir” a sus amadas, fugitivas no solo por sus avatares biográficos, sino porque su esencia última, inmaterial y quintaesenciada, les resulta, contrario a su corporeidad física, siempre inaprehensible, como el lenguaje que pretende asirlas.

Pero ¿cómo poseer una sombra, un sueño, una niebla, una espuma, una nieve fugitiva apenas entrevista por la intuición febril del poeta enamorado? Para lograr esta posesión inmaterial, que pondría a la musa a salvo del paso del tiempo y de la contingencia de lo corpóreo, tanto Salinas como luego Palés se ven precisados a repensar el canon neoplatónico de

poetas como Dante, Petrarca, Garcilaso, Herrera, Góngora y Quevedo, sin dejar de lado, como era de esperar, a Marsilio Ficino, que codificó la teoría de amor en su célebre *De amore*. Ambos vates le dan un vuelco imprevisto a la tradición amatoria cuando volatilizan a sus amadas frente a nuestros ojos: le quitan el peso, le sustraen el bulto, le anulan el paso, le apagan la voz cálida. Lo que salvan del tiempo no es ya la corporeidad de la amada, siempre inaprehensible por la palabra, sino muy otra cosa: esa misma corporeidad estilizada, intangible, ya hecha materia verbal: lenguaje. Transmutada pues en poesía. Todo ello, sin desdecirse jamás de cuánto las amaron en la realidad: “cuerpo es alma / y todo es boda”, como dejó dicho en un verso sapiencial Jorge Guillén. Para lograr esa alquimia óptica del paso de la carne palpitante a la idea, ambos poetas tienen que *matar* a su musa, algo que no se les había ocurrido a ninguno de los castos poetas del amor que los precedieron. De ahí justamente es que surgen los extraños versos de ambos, que *prima facie* parecerían de una violencia injustificada: “te mato el paso. Venías / derecha a mí”, canta Salinas cuando le comienza a “arrancar” el cuerpo a la amada, proponiendo incluso la aquiescencia de su Musa ante su propia muerte a manos del poeta: “Tú dejarás que te mate”. Es una muerte alegórica que deviene sagrada, porque la salvará del tiempo. (Por cierto que Katherine Reding no pareció comprender la reflexión metafísica de su poeta, pues en carta a Jorge Guillén (2 de mayo de ¿1957?) se queja de que los poemas que ella inspiró a Salinas eran realmente “poems at me, not about me. It hurt me then (it was supposed to) and it hurts me now”).

Palés canta al unísono con Salinas cuando en unos versos de “La búsqueda asesina”, que constituyen un paralelo sorprendente con los del vate madrileño, afirma rotundo: “Yo te maté, Filí-Melé”. La voluntad homicida de Palés cuaja en este verso fascinante, que constituye, sin duda, el arranque más poderoso de la poesía puertorriqueña. El verso, que alarma al lector, es a la vez el más enigmático, el más polémico y el más incomprendido de Palés Matos.

Claro que nuestros poetas no son los únicos que han hecho alarde de haber inmortalizado a su amada en sus versos. Poetas como Shakespeare, Dante y Ronsard salvan a sus musas del tiempo para que los lectores del futuro las hagan suyas. Pero Salinas y Palés no solo eternizan a sus amadas en el mármol perpetuo del verso, sino que nos dan cuenta precisa del pormenorizado proceso literario en el que tienen que descorporeizar a

la amada *matando* su incitante materialidad física en el momento justo en el que la immortalizan en la escritura. Se trata de un proceso alquímico de estilización no exento de agonía, pues la vivencia pasional del amor carnal no deja de reclamar su espacio en la conciencia de los poetas.

Ante esta inesperada pero crucial coincidencia literaria entre ambos escritores, cabe preguntarse si Palés Matos habría leído la poesía de amor de Pedro Salinas, que ya era famosa cuando el madrileño se traslada a vivir en Puerto Rico. A las autoras nos parece más que probable, ya que ambos poetas coincidieron en San Juan entre 1943 y 1946, cuando Salinas viene a enseñar en el Departamento de Estudios Hispánicos de Río Piedras de nuestra Universidad. Tres años después de su llegada, y herido de muerte por un cáncer de los huesos, Salinas habría de regresar a Baltimore. Volvería, sin embargo, a su querencia isleña en 1951, para ser enterrado frente al mar que immortalizó como su *Contemplado*.

Algunos estudiosos comenzaron a sospechar la impronta poética saliniana en el canto a Filí Melé, pero sin llevarla al cabo. José Emilio González observa que ambos poetas asedian el problema de la identidad de la amada, mientras que Margot Arce percibe en Palés las “resonancias de los mejores líricos españoles de la Edad de Oro [...] y de clásicos más modernos como Antonio Machado y Pedro Salinas. Pero solo resonancias, porque la voz de Palés es original y está marcada por el fuego del trópico americano”. Lena Burgos-Lafuente, por su parte, sospecha la posibilidad de una amistad literaria entre Salinas y Palés.

Aunque tenemos pocos detalles acerca de la relación precisa entre ambos poetas, estos deberían haber tenido numerosos encuentros por sus posiciones universitarias y sus amigos compartidos. Lamentablemente, la biblioteca de Palés Matos, heredada por su hijo Guido, desapareció con la temprana muerte de este. Hubiese sido de interés constatar si en ella se encontraban los libros de Salinas. Tampoco hemos podido encontrar más pistas en el archivo de Nilita Vientós Gastón de San Juan ni en la Houghton Library de Harvard, donde hemos explorado la copiosa correspondencia de Salinas con Guillén y con sus amigos puertorriqueños. (Por cierto que Jorge Guillén pontificaba que esta extraordinaria biblioteca “justificaba el descubrimiento de América”).

Lo que sí nos consta es que Salinas no pudo conocer la última poesía de Palés, que incluye los mejores poemas del ciclo de Filí-Melé. Ya para 1951 el poeta español había muerto, y estos versos palesianos

crepusculares fueron publicados en la antología de 1957 de Onís. Solo dos poemas de esta etapa, sin duda la de más hondura metafísica de Palés, aparecieron en 1950 en una revista de la Universidad de Puerto Rico. Era muy difícil, pues, que el madrileño pudiera calibrar el amplio registro poético en el que se cimenta la grandeza del puertorriqueño. Sospechamos que esta última poesía palesiana hubiera conmovido al gran poeta de amor que fue Salinas, pues se hubiera podido reconocer en su espejo caribeño.

La única mención directa de Palés en las cartas publicadas de Salinas está dirigida a Tomás Blanco, y lleva fecha del 2 de febrero de 1950. Con velado entusiasmo, dice así: “Muchas gracias por ese tomito de *Los vates*. [...] Vi en la solapa del libro que tiene usted en prensa unos ensayos sobre Palés Matos; eso me alegra, por él y por usted. No me olvide”. Este dato concuerda con otra anécdota que las autoras conocen directamente a través de la familia del poeta puertorriqueño. Ana Mercedes Palés, su hija, contaba que de niña solía caminar detrás de su padre cuando este se encontraba enfrascado en intensa conversación literaria con Salinas. Tal era la complicidad de los poetas, que la ignoraban y Ana Mercedes tenía que limitarse a seguirlos en silencio sin osar interrumpir su conversación. Pero hay otros datos elocuentes. Contamos con el testimonio de Manuel Méndez del Toro (Nino), esposo de Ana Mercedes. Poco antes de morir, y en llamada telefónica, comunicó a las autoras que Palés y Salinas fueron amigos, que se admiraban mutuamente y que intercambiaban notas escritas (hoy al parecer perdidas). Por otra parte, Tomás Blanco testimonia que, cuando Salinas leía pasajes de sus obras teatrales inéditas a sus amigos, entre estos se encontraba Palés.

En lo concerniente al vate puertorriqueño, marcado siempre por una curiosidad literaria insaciable, hubiera sido impagable haber sabido más sobre sus conversaciones con el cultísimo Pedro Salinas. Como se sabe, el cantor del *Contemplado* fue profesor de literatura medieval y renacentista, primero en Europa y luego en América. Tradujo esmeradamente a Proust y estando aun en Puerto Rico escribe sus libros sobre Jorge Manrique y sobre Rubén Darío, de quien Palés fue tan adepto. Nuestro vate, por su parte, fue un autodidacta que bebió en las fuentes literarias más diversas, desde los mitos clásicos y el *Cantar de los Cantares* bíblico, la mitología yoruba y el neoplatonismo renacentista hasta Baudelaire, Poe, Darío, Whitman y Vachel Lindsay, entre otros. (Las autoras sospechan que Margot Arce de Vázquez, insigne estudiosa del Siglo de Oro y catedrática de literatura en

la Universidad de Puerto Rico, sería la mentora principal de Palés en lo tocante a la lírica clásica del amor de renuncia, que conoció tan a fondo.) Como poeta de tantos teclados, Palés tendría pues mucho de qué hablar con el erudito profesor visitante de literatura que fue Salinas. Justamente por ello, es más que probable que también hubiera leído los libros del poeta y asimilado la alta lección de poesía amorosa que implican. Ya apuntamos que *La voz a ti debida*, en diálogo abierto con la lírica de amor de Garcilaso, se había constituido en un clásico: imposible que Palés no lo leyera.

En el título de este poemario el vate guayamés tuvo que haber reconocido, entre muchos otros temas afines, el protagonismo de uno de sus propios motivos poéticos favoritos: la voz. Se sentiría hermanado con Salinas cuando este, en trance de hacer desaparecer la presencia física de la amada para salvar su quintaesencia en el verso, admite que "... lo que más / pena me ha dado, al callártela, / es tu voz. Densa, tan cálida, / más palpable que tu cuerpo. / Pero ya iba a traicionarnos". No cabe duda: estos enigmáticos versos de Salinas alusivos a la voz amada reverberarían en el título del poema clave del ciclo palesiano de Filí-Melé: "Puerta al tiempo en tres voces".

En nuestro libro nos concentramos en el rastreo de las nociones poéticas de la poesía de amor de Salinas que encontraron eco en la última lírica de Palés Matos y que le ayudaron a dar forma a su pensamiento metafísico. Pese a sus obvias diferencias artísticas y culturales, Palés parece haber dialogado intertextualmente con la obra lírica del madrileño de manera cercana.

Nos atrevemos a proponer que Palés tropicalizó vigorosamente el legado de Pedro Salinas, caribeñizando —en gesto literario audaz— sus propuestas poéticas. Ha llenado de sol, de vendavales de huracán tropical, de danzas de zumbel, de música de Weber, de *mares oleados de quimera* y de azules rubendarianos el "homicidio poético" y la destilación de la amada en materia verbal. Palés ha obligado a los postulados poéticos del madrileño a sonar en nuevos ritmos: en cadenciosos endecasílabos y heptasílabos sublimes, que siembra de imágenes poderosas con las que crea sorprendentes mundos inéditos. Y no olvidemos la pasión: el vate antillano insufla una temperatura emocional altísima a sus versos, cargados de una sensualidad que pocas veces asoma en la lírica del poeta español. Palés reescribe a Salinas con tal originalidad que ha resultado difícil percibir la

hondura de su huella.

No es poco. Pero hay más. Los grandes escritores, ya lo sabemos por T. S. Eliot y por Borges, crean a sus antecesores. Y los canibalizan sin pudor. La poesía de amor de Palés ilumina retrospectivamente la de Salinas y pone de relieve sus postulados poéticos más relevantes. Leer atentamente la poesía metafísica del vate de Guayama nos ayuda a comprender mejor la trilogía de Salinas y su originalísimo “homicidio” de amor, sembrado de trascendencia. Porque los diálogos literarios siempre conducen a dos direcciones. Van de ida, pero también van de vuelta.

Dicho esto, nos asalta el recuerdo de Salinas paseando con Palés por las calles de San Juan, con la hija del antillano caminando detrás de los poetas. ¿De qué hablarían tan apasionadamente que dejaban rezagada a la niña?

Las autoras de esta investigación se atreven a pensar que hablaban de poesía.

Luce y Mercedes López-Baralt
Universidad de Puerto Rico